

DOMINGO XXVII – ORDINARIO (CICLO A)

Isaías 5,1-7.

La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel.

Salmo 79.

La viña del Señor es la casa de Israel.

Filipenses 4,6-9.

Poned esto por obra, y el Dios de la paz estará con vosotros.

Mateo 21,23-43.

Arrendará la viña a otros labradores.

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Seguimos este domingo escuchando una parábola más de Jesús acerca de *la viña* como *símbolo del pueblo de Dios*, ya sea el antiguo Israel o el nuevo Israel que es la Iglesia.

En la primera lectura resalta el amor y el cuidado de Dios hacia esa viña, que es el pueblo de Israel. Sin embargo, a pesar de ese amor y cuidado en vez de dar el fruto esperado da agrazones, símbolo de las injusticias y los crímenes. Por eso esa viña, que ya no da fruto, será arrasada.

La parábola de Jesús en el Evangelio recuerda expresamente el texto de Isaías, pero desde el punto de vista de los labradores arrendatarios de la viña, símbolo de los dirigentes, –sacerdotes y ancianos del pueblo–, que se niegan a dar los frutos que corresponden al dueño de la viña –Dios–, que maltratan a sus enviados –los profetas– y que terminarán asesinando incluso al hijo del dueño, por lo que perderán definitivamente la viña. La perspectiva histórica de la parábola aplicada a la historia de Israel y muy especialmente al conflicto de Jesús con los dirigentes de su pueblo es clara. El final de la parábola indica la entrega de la viña a otros labradores, a otro pueblo, que produzca sus frutos. Ese pueblo nuevo, esa viña nueva, es la Iglesia; somos nosotros.

Pero el sentido más profundo del texto de Isaías y del evangelio también nos alcanza a nosotros, y esto lo tenemos que tener en cuenta para aplicarlo a nuestras vidas. En primer lugar debemos caer en la cuenta que la nueva viña del Señor somos nosotros: que como dice Isaías, Dios ha puesto todo su amor, todo su interés en nosotros. Nosotros, –su Iglesia– somos su viña amada. Somos el objeto de su amor y su providencia, Dios ha derrochado su gracia en nosotros, todas nuestras capacidades, cada segundo de nuestra existencia, cada latido de nuestro corazón, son un regalo suyo. Todo nos lo ha dado para que, usándolo bien, según su voluntad, le devolvamos buenos frutos, buenas obras, y no agrazones de pecado, de desobediencia, de ingratitud. Él espera mucho de nosotros, porque nos ama mucho y nos lo ha dado todo.

Nosotros no debemos caer en esa infidelidad del desagradecimiento, ni tampoco en la tentación de creernos los dueños de la viña, como aquellos de la parábola.

Y aquí viene la segunda lección de hoy: a veces nosotros caemos en esa tentación de gestionar nuestra vida y nuestro mundo como si Dios no existiese; marginando a Dios este mundo se ha absolutizado y se cree dueño y señor de todo. En nombre de no sé qué derechos, se pisotean los verdaderos derechos de los más débiles y de aquellos que no tienen voz, cometiendo terribles injusticias, más sangrantes aún cuando nosotros miramos hacia otro lado como si no pasara nada: ahí está esa cultura de la muerte y del egoísmo, que se traduce en injusticia para con el Tercer Mundo, y en violencia, en droga, en marginación, en falta de sentido de la vida, en ausencia de compromisos fuertes y justos, en abandono de nuestros deberes, en aborto, en eutanasia... en crisis moral, en este primer mundo nuestro.

¿Qué puede decir Dios a nuestro mundo? Seguramente a nosotros también nos diría: *“¿Qué más cabía hacer por mi viña que yo no lo haya hecho?”*. De él lo recibimos todo, él nos ha dado su Evangelio, él ha entregado su vida por nosotros, él nos abre las puertas del Reino. A nosotros nos queda responder con obras y con frutos de justicia. Nos queda poner al Señor como “piedra angular” de nuestra vida. Para cambiar nuestro mundo y mejorar nosotros mismos nos queda hacer lo que dice san Pablo en la segunda lectura: *“todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta. Y lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis y visteis en mí, ponedlo por obra. Y el Dios de la paz estará con vosotros”*.

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

¿Reconozco todo lo que Dios ha hecho por mí y me pregunto qué frutos está esperando hoy de mi vida? ¿Es realmente Cristo la piedra angular de mi vida, de mis decisiones y de mis relaciones, o tengo otros criterios que ocupan su lugar? ¿Qué frutos concretos está produciendo en nuestras vidas: amor, perdón, servicio, justicia, generosidad...? Ante mis preocupaciones y dificultades, ¿sé poner mi vida en las manos de Dios y conservar la paz, confiando en Él y procurando vivir lo que es verdadero, noble, justo y bueno?

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
